

FIDEL CASTRO EN MEXICO

Por Víctor TRAPOTE

CUANDO EN 1953 llegaron a México los primeros refugiados cubanos que iniciaron la lucha contra la dictadura de Batista, formaban un reducido grupo de intelectuales pertenecientes casi todos ellos al Partido Ortodoxo en el que destacaban hombres como Agramonte, actual ministro de relaciones exteriores, y Chibás que dio el heroico ejemplo de suicidarse ante el micrófono de una radio, para que su grito de libertad llegara a todos los ámbitos de Cuba.

Al lado de estos hombres militaban valores intelectuales y políticos como Pardoollada —uno de los primeros refugiados en México— y el escultor Fidalgo, extraditado a La Habana desde Norteamérica y que fue soltado por su viril actitud de mantener la huelga del hambre en la cárcel.

Por mi condición de luchador por la libertad en la guerra civil española y de asilado político en México, tuve la suerte —así lo consideré entonces contra la opinión de muchos que hoy lo cacarean también— de conocer a estos hombres con los cuales conversé largamente de cuestiones políticas, conviviendo en el mismo espíritu de amor a la libertad, bajo este cielo de México único tal vez en el que podían florecer las bellas Rosas Blancas de Martí.

Como consecuencia al asalto del Cuartel de Moncada (hecho que fue la piedra angular del Movimiento del 26 de julio) realizado por una pléyade de jóvenes encabezados por el joven doctor en leyes Fidel Castro Ruz, sonó por primera vez en mis oídos el nombre del que debía ser el Héroe Nacional cubano después de la epopeya de Sierra Maestra, que figurará desde ahora en las páginas de las más bellas luchas por la libertad que ha sostenido el Hombre.

A raíz de su proceso, Fidel Castro se autodefendió ante los tribunales del dictador con palabras proféticas que han quedado plasmadas en el folleto "La Historia me Absolverá". *

A pesar del momentáneo fracaso, el ataque al Cuartel Moncada, en el que murieron hombres de la talla del doctor Muñoz y tantos otros, fue un triunfo moral para los revolucionarios ya que de él nació el Movimiento 26 de Julio y en la defensa del líder Fidel Castro se sentaron las bases de la Revolución que hoy se está realizando en Cuba.

Todos estos datos iniciales despertaron en mí el deseo de conocer a Fidel y a todos los hombres del Movimiento 26 de Julio, los cuales al salir de su encarcelamiento de Pinos pudieron escapar de la patria oprimida para llegar a las hospitalarias tierras mexicanas.

Fue así como trabé amistad con aquellos luchadores casi anónimos entonces y dirigentes hoy de un bello país: Fidel Castro, su hermano Raúl, el doctor Ernesto Guevara, José Ponce, Universo Sánchez, Ramiro Valdés, Calixto Morales, Calixto García, Almeida, entre los que ahora tienen en Cuba el peso y la responsabilidad del poder obtenido por su

heroica gesta, y muchos hombres que figuran ya en la lista de honor de los muertos por la patria; vidas jóvenes y plenas de ardor revolucionario, segadas en la lucha de más de dos años, como Julito Díaz, Siro Redondo, Juan Manuel Márquez, y tantos otros que es triste recordar pero que vivirán para siempre en nuestro pensamiento y en el de todo el pueblo cubano.

*

Estaba yo trabajando en mi estudio, cuando se presentó un hombre joven y recio, firme en su porte y en sus convicciones, que respiraba confianza en sí mismo y decisión inquebrantable, el cual me tendió la mano diciendo simplemente: "Soy Fidel Castro Ruz".

Este nuevo amigo, amigo desde el primer momento, me expresó su satisfacción por conocer a un compañero en cuyo pecho latían los sentimientos por las luchas libertarias que nos hacían hermanos. Con su franca palabra, con la sinceridad y precisión de sus opiniones, Fidel Castro acaparó inmediatamente la atención de todo el grupo que estaba reunido en mi taller. Yo me sentí verdaderamente atraído por la llamarada de ideal que brillaba en sus ojos y encontré en sus palabras la condición innata del dirigente: firmeza y seguridad en el triunfo.

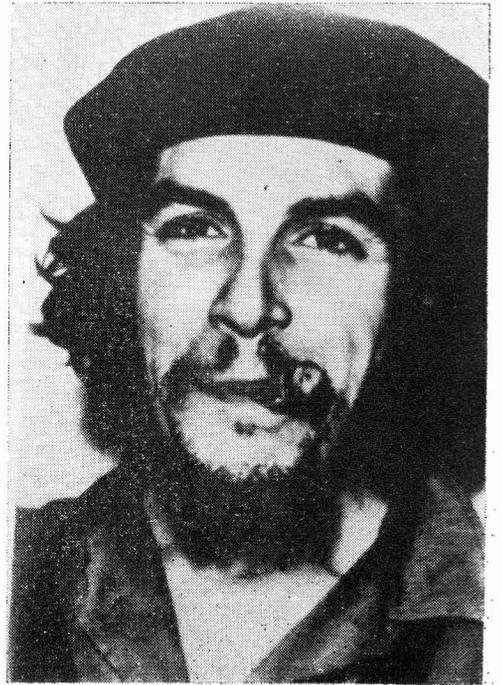
Para quien no esté acostumbrado a tratar hombres de esta índole, Fidel Castro podía parecer un soñador utopista; pero los que hemos tenido la oportunidad desde la primera juventud, desde el nacimiento de las primeras inquietudes revolucionarias, de ver ante nosotros a verdaderos abanderados de la libertad, no podían escapársenos aquella impresión galvanizadora que nacía del hombre que acababa de estrecharme la mano. Tuve inmediatamente la impresión de encontrarme ante un gran dirigente, ante un jefe revolucionario.

Todo lo que pudimos pensar de Fidel Castro en aquel primer momento, quedó reafirmado con creces al paso del tiempo y no dudo al decir que al verle recientemente en importantes actos revolucionarios

rios y políticos en Cuba, sentí el orgullo de comprobar que no me había equivocado en nada de mi primera impresión. Antes al contrario, esta gran figura del Héroe Nacional cubano se agiganta hoy —a pesar de todo lo que quieran escupirle sus detractores— al verlo en medio de su pueblo que lo sigue con la convicción de que se pone únicamente en los apóstoles.

Un accidente desgraciado que fue hábilmente subsanado por las autoridades mexicanas con su immanente espíritu de justicia y de respeto por las ideas de Libertad, hizo que pudiera convivir con Fidel y otros hombres del Movimiento, días de reclusión que no hicieron más que estrechar la firmeza de los lazos de amistad y fraternidad que con ellos me unen ya para siempre.

En aquellos días pude darme cuenta de la entereza y el ánimo que no abandonaba por un momento a Fidel, el cual aprovechaba aquellas horas de inactividad forzosa para hacer que sus hombres estudiaran los problemas más latentes de la Revolución Mexicana y especialmente



"Che" Guevara

aquellas gestiones de gobierno de los hombres que en México implantaron las grandes reformas revolucionarias, tomándolas como ejemplo de lo que un día harían ellos en Cuba.

No dejaba de interesarse aquel revolucionario por las artes mexicanas, y conversaba conmigo sobre lo que en su momento se podría hacer en Cuba. Estas conversaciones tomaban vuelo en ocasión de las visitas a la cárcel de los pintores mexicanos Nefero, Manuel Rodríguez Lozano, Gironella, y los españoles: Marín Busqueds, Rafael Hernández Barroso y otros intelectuales amigos.

En una de aquellas conversaciones sostenidas en las largas velas de las noches sin sueño, ardiendo en la fiebre del día de la actividad, tumbados en un camastro, Fidel me dijo unas palabras de Martí que considero simbólicas: "Buena sombra da a la tierra el árbol vigoroso de la libertad, mas no la da para que sus hijos duerman descuidadamente bajo sus ramas protectoras. Todo árbol se muere sin cuidado y sin riego, y éste más que ningún otro quiere que sus hombres constantemente robustezcan y fortifiquen su savia."



* Un fragmento de esta autodefensa puede encontrarse en la sección denominada: Documentos.